

Memoria y patrimonio cultural en el sur de Chile: El giro ambiental en las trayectorias de las organizaciones de mujeres en el siglo XXI

Landaeta-Sepúlveda, Romané

Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas CEDER,
Universidad de Los Lagos, Chile

Investigadora Adjunta Núcleo Milenio Nupats (NCS2024_014)

romane.landaeta@ulagos.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-0658-6466>

Alegría-Licuime, Luis

Subdirección de Investigación - Serpat, Chile

Investigador Principal Núcleo Milenio Nupats (NCS2024_014)

luis.alegria@patrimoniocultural.gob.cl

 <https://orcid.org/0000-0002-4584-9249>

Resumen

El texto analiza el giro ambiental en las ciencias sociales y humanidades, un cambio epistemológico que integra la naturaleza y los no humanos en la reflexión sobre memoria y patrimonio cultural. Este enfoque cuestiona la histórica separación entre sociedad y naturaleza, promoviendo nuevas perspectivas sobre cómo se construyen, transmiten y preservan las memorias en contextos ecológicos y sociales contemporáneos. Diversos conceptos para denominar este ciclo destacan la cohabitación de multiespecies en un contexto de crisis ambiental. El giro ambiental expande la noción de memoria y patrimonio más allá de lo exclusivamente humano, incorporando catástrofes, devastaciones

ecológicas y la memoria de especies y ecosistemas. Diversas autoras y autores subrayan la necesidad de considerar temporalidades geológicas, biológicas y multiespecies. El sur de Chile se presenta como un caso ilustrativo, donde las mujeres lideran la preservación y transmisión de saberes, memorias y patrimonios bioculturales, articulando historias de violencia política, extractivismo y desastres naturales. Su agencia genera prácticas de resistencia y cuidado que resignifican la memoria y el patrimonio, vinculando lo social y lo ecológico. El texto concluye que la integración entre academia y experiencias comunitarias es clave para construir memorias y patrimonios capaces de enfrentar la crisis ambiental y proyectar futuros sostenibles.

Palabras clave: giro ambiental, género, patrimonio, memoria.

Abstract

The text analyzes the environmental turn in the social sciences and humanities, an epistemological shift that integrates nature and non-humans into reflections on memory and cultural heritage. This approach challenges the historical separation between society and nature, promoting new perspectives on how memories are constructed, transmitted, and preserved in contemporary ecological and social contexts. Various concepts used to describe this cycle emphasize multispecies cohabitation within a context of environmental crisis. The environmental turn expands the notion of memory and heritage beyond the exclusively human, incorporating catastrophes, ecological devastation, and the memory of species and ecosystems. Several authors highlight the need to consider geological, biological, and multispecies temporalities. Southern Chile is presented as an illustrative case, where women lead the preservation and transmission of knowledge, memories, and biocultural heritage, articulating histories of political violence, extractivism, and natural disasters. Their agency generates practices

of resistance and care that re-signify memory and heritage by linking the social and the ecological. The text concludes that the integration of academic knowledge and community experiences is key to building memories and forms of heritage capable of confronting the environmental crisis and projecting sustainable futures.

Keywords: Environmental turn, gender, heritage, memory.

Recibido: 04 de septiembre 2025 - **Aceptado:** 13 de marzo de 2026

1. Introducción

En las últimas décadas, las ciencias sociales y las humanidades han experimentado un viraje profundo conocido como giro ambiental. Este movimiento no constituye simplemente una nueva área de investigación, sino un cambio epistemológico de gran alcance, que busca replantear la relación entre humanidad, naturaleza y conocimiento. A diferencia de los enfoques anteriores, centrados principalmente en la dimensión social, política o cultural de la vida humana, el giro ambiental incorpora los ecosistemas, las especies no humanas, los ciclos ecológicos y las temporalidades geológicas, como parte constitutiva de los análisis. En este sentido, lo que está en juego es un cuestionamiento de la separación moderna entre naturaleza y sociedad, división que estructuró las ciencias sociales clásicas desde sus orígenes.

Siguiendo a Alegría, Galeno y Stefoni (2025), los giros tensionan particularmente al campo de los estudios del patrimonio y de la memoria, en la medida en que producen sinergias

capaces de generar nuevas preguntas y propuestas tanto teóricas como metodológicas. Estas abren posibilidades de reflexión más amplias sobre cómo concebir, preservar y transmitir la memoria y el patrimonio en los actuales contextos sociales y culturales. De este modo, ambas dimensiones dejan de ser solo categorías analíticas ligadas a la historia, la identidad o la tradición, para convertirse en recursos teóricos, sociales y simbólicos que permiten comprender las nuevas condiciones de la realidad ecológica y civilizatoria. «En el ámbito de la teoría en las ciencias sociales como en las humanidades, el término giro se refiere justamente a un cambio teórico o conceptual, encontrándonos con varios ejemplos de giros en contextos que han afectado a ambas disciplinas» (Alegría, Galeno y Stefoni, 2025: 41).

La emergencia del giro ambiental no puede entenderse sin el trasfondo de la crisis ecológica planetaria. Fenómenos como el cambio climático, la pérdida acelerada de la biodiversidad, la contaminación de suelos y mares, así como el colapso de múltiples

ecosistemas, han puesto en evidencia la vulnerabilidad del planeta y la necesidad de revisar los paradigmas de desarrollo vigentes. Este escenario ha impulsado una creciente conciencia de estar frente a una nueva era geológica y civilizatoria, que diversos autores han nombrado de maneras diferentes. El concepto de Antropoceno, popularizado por Chakrabarty (2022), sugiere que la humanidad, como fuerza colectiva, se ha transformado en un agente geológico capaz de modificar el planeta a gran escala. Sin embargo, este término ha recibido críticas por su carácter homogeneizador, ya que no todos los seres humanos han contribuido de la misma manera a la crisis ambiental ni todos sufren sus consecuencias por igual. En ese marco, autores como Jason Moore (2016), Ferdinand (2019) o Fraser (2022) han propuesto hablar de Capitaloceno, para subrayar que es el sistema capitalista, y no «la humanidad» en abstracto, el verdadero motor de la devastación.

Por su parte, Donna Haraway (2019) introduce la noción de Chthuluceno, que desplaza el

foco hacia la necesidad de pensar en tramas multiespecie y formas de cohabitación que superen la lógica de dominio y explotación. Cada una de estas conceptualizaciones, con sus matices, coincide en señalar que la crisis actual desborda los marcos disciplinarios tradicionales y obliga a replantear la relación entre lo social y lo natural, entre lo humano y lo no humano, entre historia y geología.

El giro ambiental interpela de manera directa a las ciencias sociales y las humanidades, pero de forma especial a los estudios del patrimonio cultural y la memoria social. Tradicionalmente, estos campos se han centrado en los recuerdos colectivos asociados a fenómenos humanos exclusivamente, tales hechos políticos de gran impacto: guerras, dictaduras, genocidios y violencias estatales. Si bien este enfoque ha sido fundamental para comprender cómo las sociedades procesan traumas históricos, también ha tenido limitaciones. Una de ellas es la invisibilización de la naturaleza como agente de tragedias o catástrofes.

Las categorías de «tragedia» o «catástrofe» han sido aplicadas mayormente a hechos bélicos o políticos, dejando en un segundo plano fenómenos como terremotos, inundaciones, incendios forestales o sequías. En estos casos, la memoria colectiva ha tendido a diluirse en las narrativas de «desastre natural», como si se tratara de eventos inevitables o ajenos a las dinámicas sociales. Sin embargo, investigaciones recientes han mostrado que la forma en que las comunidades recuerdan estos sucesos revela profundas desigualdades: los sectores más pobres son los más expuestos a riesgos y las mujeres suelen cargar con el peso del cuidado en contextos de crisis; a ello se suma que la distinción entre hecho natural y hecho cultural no es tan evidente.

El campo del patrimonio cultural se ve profundamente tensionado por el giro ambiental. En su concepción clásica, el patrimonio se ha presentado como un referente de la tradición, asociado al orden, el consenso y la seguridad (Alegría, 2024). De ahí que los procesos de patrimonialización hayan

tendido a estabilizarse en narrativas oficiales, reforzando la continuidad de una identidad nacional o comunitaria. No obstante, cuando la patrimonialización ocurre en el marco de una catástrofe, este carácter estabilizador se resquebraja. Los vestigios y testimonios que emergen de guerras, dictaduras o catástrofes ambientales generan un patrimonio «incómodo» (Tunbridge y Ashworth, 1996; Prats, 2005; Hernández y Lozano, 2019; Ibarra, Méndez y Matus, 2025) o «disonante» (Smith, 2006), porque recuerdan heridas abiertas y cuestionan relatos oficiales contruidos desde los vencedores.

Desde el punto de vista metodológico, este trabajo se inscribe en una estrategia de investigación cualitativa de carácter exploratorio y analítico, orientada a comprender la relación entre memoria, patrimonio y giro ambiental a partir de experiencias territoriales concretas en el sur de Chile. La investigación combina tres niveles de aproximación. En primer lugar, desarrolla una revisión crítica de literatura proveniente de los estudios de memoria, patrimonio

cultural y giro ambiental en las ciencias sociales y humanidades, con el propósito de establecer un marco teórico que permita problematizar la relación entre naturaleza, memoria social y patrimonialización.

En segundo lugar, realiza un análisis documental y discursivo de fuentes primarias y secundarias vinculadas a organizaciones de mujeres que actúan en la defensa del patrimonio natural y cultural, incluyendo informes institucionales, material audiovisual, registros periodísticos y plataformas digitales de los propios colectivos. Finalmente, el trabajo incorpora un enfoque de estudio de casos que permite examinar experiencias específicas de organizaciones y redes de mujeres en las regiones de Los Ríos y Los Lagos, atendiendo a sus discursos, prácticas y repertorios de acción. Dicha aproximación busca identificar cómo estas organizaciones articulan memorias sociales, saberes territoriales y prácticas de defensa ambiental, configurando formas de patrimonialización desde abajo que integran dimensiones culturales, ecológicas y políticas. El análisis se desarrolla

mediante una lectura interpretativa orientada a reconocer patrones, tensiones y convergencias entre las prácticas comunitarias y los debates contemporáneos sobre el giro ambiental en las ciencias sociales.

En el actual contexto de crisis ecológica, este problema se expande y se complejiza. Ya no se trata de narrar el acontecimiento traumático en singular, sino de lidiar con una multiplicidad de catástrofes superpuestas: sequías prolongadas, incendios masivos, derretimiento de glaciares, contaminación de ríos, desaparición de especies. El patrimonio, en este escenario, deja de ser únicamente la herencia del pasado para convertirse en un espacio de disputa sobre el presente y el futuro, sobre qué se conserva y por qué, qué memorias se priorizan y cuáles se silencian.

En este marco, surgen una serie de preguntas que orientan la reflexión actual: ¿De qué modo las comunidades integran en sus relatos las huellas de la devastación ambiental? ¿Qué significa una memoria que excede la vida humana para abarcar temporalidades

geológicas, biológicas o multiespecie? ¿Cómo se recuerda lo no humano? ¿De qué manera se registran y transmiten las pérdidas de bosques, ríos, glaciares o especies animales? ¿Qué lugar ocupa la memoria de las catástrofes naturales en los repertorios de patrimonio cultural? ¿Qué rol cumplen las organizaciones comunitarias en la preservación de estas memorias y en la defensa del patrimonio natural?

Estas preguntas no son únicamente teóricas. Apuntan a reconocer que, en muchos territorios, las comunidades ya están produciendo respuestas prácticas frente a ellas. Un hallazgo central en investigaciones recientes es que las organizaciones comunitarias, en especial integradas y lideradas por mujeres, han anticipado en sus discursos y prácticas muchas de las preocupaciones que hoy plantea el giro ambiental. Colectivos como la Red de Mujeres Originarias por la Defensa del Mar, la Red de Semillas Libres o la ANAMURI han construido narrativas en las que la defensa de la naturaleza aparece íntimamente ligada a la memoria y al patrimonio cultural. En

estos discursos, como presentaremos, se reconoce a la naturaleza como sujeto de derechos, se reivindica el valor de los saberes ancestrales y se establecen vínculos entre la devastación ambiental y las violencias históricas sufridas por comunidades indígenas y rurales. Las mujeres, en particular, destacan como portadoras de memorias que articulan lo cotidiano con lo ecológico: el recuerdo de prácticas de recolección, el cuidado de semillas transmitidas por generaciones y la experiencia de habitar territorios marcados por la degradación.

De este modo, la memoria y el patrimonio se resignifican, dejando de ser únicamente categorías académicas o institucionales para convertirse en herramientas políticas de resistencia y construcción de alternativas. El trabajo aquí presentado corresponde a un estudio exploratorio basado en el análisis de experiencias concretas, en el que es posible avanzar a modo de hipótesis: el giro ambiental que en la actualidad afecta a las ciencias sociales y las humanidades ya se ha producido, de manera concreta, en los

repertorios discursivos y en las prácticas de múltiples organizaciones comunitarias, tensionadas por la crisis climática y la sostenibilidad del planeta.

En otras palabras, lo que la academia comienza a teorizar como «nuevo» ya se encuentra encarnado en las luchas locales, especialmente en aquellas protagonizadas por mujeres. Estas prácticas evidencian que la memoria y el patrimonio no pueden seguir pensándose de manera separada de la crisis ecológica. Más aún, muestra que la defensa de la vida —humana y no humana— es hoy el núcleo donde confluyen las batallas por la memoria, el patrimonio y la justicia ambiental.

El giro ambiental, lejos de ser una moda académica, representa un cambio de paradigma que transforma profundamente los estudios de la memoria y el patrimonio. La crisis ecológica global obliga a repensar qué recordamos, cómo lo hacemos y qué significados atribuimos al patrimonio cultural. Frente a este desafío, las organizaciones

comunitarias de mujeres en Chile ofrecen pistas valiosas tejiendo memorias que incorporan lo no humano y defendiendo patrimonios bioculturales que han situado la justicia ecológica en el centro de la vida colectiva.

En este sentido, el desafío para las ciencias sociales y las humanidades no es solo incorporar nuevas categorías, sino aprender de las prácticas que ya están en marcha en los territorios. El diálogo entre academia y comunidades se vuelve indispensable para construir marcos de memoria y patrimonio capaces de enfrentar la magnitud de la crisis actual y de proyectar futuros más justos y sostenibles.

2. El giro ambiental, la memoria social y el patrimonio cultural: diálogos y tensiones

Diversos autores vinculados al giro ambiental —Latour, Haraway, Chakrabarty, Descola, Viveiros de Castro, Tsing, Morton, entre otros— ofrecen claves decisivas para repensar las preguntas abiertas en torno

a la memoria y el patrimonio en el siglo XXI. Sus reflexiones permiten confrontar el canon establecido de ambos campos con nuevas escalas de tiempo, nuevos sujetos de recuerdo y marcos ontológicos distintos. Lo que se vislumbra es un diálogo fecundo, aunque también profundamente tensionado: entre universalismo y particularismo, entre antropocentrismo y posthumanismo, entre memorias humanas y memorias de la Tierra, entre patrimonio material e inmaterial, entre prácticas comunitarias y teorías globales.

Uno de los ejes centrales del giro ambiental es la crítica al dualismo moderno naturaleza/cultura, fundamento de la epistemología occidental desde el siglo XVII. Bruno Latour (2004), en *Politics of Nature*, argumenta que esta separación establece una «constitución moderna» que ha invisibilizado el carácter híbrido de la realidad. Frente a ello, propone la idea de una «parlamentarización de las cosas» (Latour, 2004), en la que humanos y no humanos aparecen como actores políticos que participan en la construcción del mundo común. La relevancia de esta propuesta para

los estudios de memoria y patrimonio es evidente. Si aceptamos que los no humanos son actores políticos, también debemos admitir que son actores de memoria y agentes de patrimonialización. Los ríos contaminados, los glaciares en retroceso o los bosques arrasados no solo constituyen paisajes naturales: son archivos de destrucción, testigos materiales de los procesos sociales y económicos que los han transformado, referentes fácticos de la crisis y colecciones involuntarias de la devastación. La memoria social ya no se piensa únicamente como una facultad humana, sino como un campo expandido en el que múltiples entidades —humanas y no humanas— registran y transmiten huellas del pasado. A su vez, el patrimonio ya no se reduce a monumentos de belleza, orden y estabilidad, sino que incluye también testimonios de la barbarie y la catástrofe.

En esta misma línea, Philippe Descola (2005) y Eduardo Viveiros de Castro (2009, 2013) han mostrado, desde la antropología amazónica, que la división naturaleza/cultura no es universal. Para Descola, las

contradicciones de este esquema se hacen visibles cuando se enfrenta a fenómenos que desbordan su marco de interpretación. Viveiros de Castro, por su parte, señala que para muchas cosmologías indígenas la separación entre humanos y no humanos no se corresponde con la dicotomía moderna, sino que responde a una continuidad ontológica en la cual plantas, animales, montañas y ríos poseen agencia e intencionalidad (Viveiros de Castro, 2013). Este reconocimiento implica concebir memorias sociales distintas, en las que el pasado se conserva no en archivos escritos ni en monumentos, sino en los relatos de las montañas, en los cantos de las aves o en las trayectorias de los ríos. Desde esta perspectiva, el patrimonio cultural no puede entenderse sin considerar la memoria inscrita en los territorios y en las relaciones multiespecie que los habitan.

Otra autora, Donna Haraway (2019) radicaliza esta discusión al proponer la noción de Chthuluceno, que busca superar los marcos del Antropoceno y el Capitaloceno. En su texto *Seguir con el problema. Generar parentesco en*

el Chthuluceno (2019), Haraway invita a pensar en «memorias simpoiéticas» (Haraway, 2019: 58), es decir, recuerdos tejidos de manera conjunta por bacterias, hongos, animales y personas. El trauma ecológico —como la extinción masiva de especies— deja de ser un asunto exclusivamente humano y se convierte en una herida compartida por todo el entramado de lo viviente (Haraway, 2019). Este planteamiento desplaza la pregunta clásica de los estudios de la memoria —¿qué recuerdan los humanos?— hacia un horizonte relacional: ¿qué recuerdan los ensamblajes multiespecie? ¿Cómo se inscriben las huellas del pasado en los cuerpos, los ecosistemas y los ciclos vitales? (Haraway, 2019).

El giro ambiental también modifica nuestra comprensión del tiempo de la memoria. Por ejemplo, Chakrabarty (2009) sostiene que el cambio climático ha alterado la condición histórica misma, en la que la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica. Esta tesis implica que las huellas humanas ya no se limitan al corto plazo de la historia social, sino que quedan inscritas en la memoria

profunda de la Tierra. Así, memoria y patrimonio se enfrentan al desafío de abarcar temporalidades ampliadas, en las cuales los procesos deben pensarse tanto en escalas humanas como en las geológicas y biológicas. La pregunta crucial para Chakrabarty (2009) es: ¿cómo recordar eventos cuyo impacto se mide en millones de años? ¿Qué significa el testimonio humano frente a procesos tan vastos como la acidificación de los océanos o la extinción masiva?

Aquí resulta clave la propuesta de Timothy Morton (2018) con su concepto de hiperobjetos, fenómenos como el cambio climático o la radioactividad son realidades difusas, distribuidas en tiempo y espacio de manera tal que resultan imposibles de aprehender por completo. La memoria de estos hiperobjetos es necesariamente fragmentaria, parcial y difícil de transmitir; son huellas invisibles, latentes, que desafían las narrativas tradicionales del recuerdo. En otra perspectiva, Rob Nixon (2011) ha abordado este problema a través del concepto de «violencia lenta», que refiere a los daños

ambientales que operan de manera gradual e imperceptible: desertificación, contaminación, deforestación. A diferencia de la violencia política espectacular —golpes de Estado, guerras, masacres—, la violencia ecológica se manifiesta en tiempos largos y difusos, lo que dificulta su registro y su transmisión como memoria. «[U]na violencia que ocurre gradualmente y fuera de vista, una violencia de destrucción retardada que es dispersada a través del tiempo y el espacio [...] que no es ni espectacular ni instantánea, sino acreciente e incremental, sus repercusiones calamitosas desenvolviéndose a través de un rango de escalas temporales» (Nixon, 2011: 2). Este desfase temporal produce desigualdades en el reconocimiento, ya que las catástrofes rápidas obtienen visibilidad, mientras que las devastaciones lentas permanecen ocultas en los márgenes de la memoria social y del patrimonio cultural.

Otra dimensión crítica es la extinción. Como señala Ursula Heise (2016), quien ha mostrado cómo este fenómeno se convierte en

un tema central de la literatura, el cine y la cultura popular contemporánea, donde se elaboran narrativas sobre la desaparición de especies. La extinción ya no es solo un hecho biológico, sino también un trauma cultural que interpela la imaginación, la memoria y el patrimonio de la humanidad en su conjunto. Recordar a los animales desaparecidos se transforma en un acto de duelo colectivo que desborda lo humano, planteando preguntas sobre cómo archivar y transmitir memorias de especies que ya no existen.

La antropóloga Anna Tsing (2015), en *The Mushroom at the End of the World*, muestra cómo los restos del capitalismo devastado dan lugar a nuevas formas de vida y de recuerdo. A través del estudio del hongo matsutake, Tsing revela la manera en que la huella de la destrucción queda inscrita en los ciclos vitales de especies no humanas. Sus etnografías permiten pensar la memoria como un proceso multiespecie en el que las ruinas del capitalismo son habitadas por nuevas configuraciones de seres vivos que cargan, a

su modo, con los rastros del pasado. En una línea similar, Deborah Bird Rose (2011) ha explorado las memorias compartidas entre humanos y animales en contextos de extinción. Para Bird Rose, la memoria multiespecie implica reconocer que los seres humanos no son los únicos que portan historias, afectos y duelos. Con la desaparición de una especie, desaparece también un conjunto de relaciones y prácticas que tejían vínculos con otros seres vivos, configurando un vacío patrimonial y emocional.

Por su parte, Achille Mbembe (2019) introduce la noción de necropolítica en clave ecológica, destacando la forma en que el capitalismo global produce zonas de sacrificio humano y no humano. Los territorios devastados por la minería, los pueblos desplazados por represas o las especies arrasadas por monocultivos constituyen el registro de la muerte administrada. La memoria social, en este marco, debe observar no solo las violencias políticas, sino también las violencias ecológicas que producen paisajes de exclusión y despojo.

Estas perspectivas dialogan de manera productiva con la teoría clásica de la memoria social. Maurice Halbwachs (1992) definía la memoria como una construcción social enmarcada en colectivos humanos. Elizabeth Jelin (2002), en sus estudios sobre memorias traumáticas en América Latina, mostró cómo estas experiencias se entretajan con luchas por reconocimiento y justicia. Hoy, tales demandas se amplían hacia batallas ecológicas, en las que comunidades humanas y no humanas reclaman ser recordadas frente a la violencia extractiva. De igual modo, Andreas Huyssen (2003) habló de una «mnemónica global», útil para pensar cómo las memorias ambientales circulan transnacionalmente, generando imaginarios compartidos sobre la catástrofe ecológica, desde Chernóbil hasta el Amazonas.

Todo lo anterior configura un campo de experimentación conceptual: ¿puede hablarse de testigos no humanos? ¿Qué significa archivar un río, una montaña o un bosque? ¿Cómo se transmite el recuerdo de una extinción? Estas preguntas muestran

que el giro ambiental no solo complementa, sino que desafía radicalmente los marcos establecidos de la memoria y el patrimonio. Lo que emerge es un horizonte en el que ambas dimensiones se piensan como campos multiescalares y multiespecie, capaces de integrar lo inmediato y lo distante, lo visible y lo invisible, lo humano y lo geológico. En este marco, la memoria y el patrimonio dejan de ser solo instrumentos de anclaje identitario y se convierten en espacios de negociación ontológica, en los que se discuten las condiciones mismas de la existencia compartida en un planeta en crisis.

• **Discusión: tensiones y diálogos**

El diálogo entre el giro ambiental y la memoria con el patrimonio abre múltiples tensiones. Una de ellas es la que opone el universalismo del concepto de Antropoceno —propuesto por Crutzen y Stoermer (2000)— a las perspectivas críticas que enfatizan su carácter desigual y colonial. Mientras el Antropoceno plantea a la humanidad como un sujeto homogéneo que impacta en el planeta, autores como

Arturo Escobar (2016), Enrique Leff (2004) o Eduardo Gudynas (2011) subrayan que la devastación ambiental tiene responsables diferenciados: economías extractivistas, corporaciones transnacionales y regímenes políticos específicos. En este sentido, hablar de memoria planetaria sin atender a las memorias situadas de comunidades afectadas corre el riesgo de invisibilizar desigualdades históricas.

Otra tensión se da entre antropocentrismo y poshumanismo. Si bien el giro ambiental propone ampliar la memoria hacia lo no humano, persiste el riesgo de que estas memorias sean narradas exclusivamente desde categorías humanas. Como advierte Haraway (2016), el desafío es pensar memorias simpoiéticas, coproducidas por múltiples agentes, sin subsumir lo no humano en un mero espejo de lo humano.

Finalmente, surge la tensión entre memorias locales y globales. Mientras Nixon (2011) y Tsing (2015) destacan memorias situadas en territorios específicos, Chakrabarty

(2009) y Morton (2013) señalan la necesidad de memorias planetarias. El desafío está en articular ambas escalas: reconocer la memoria geológica de la Tierra sin eclipsar las de las comunidades de pueblos y territorios concretos. «Así, se trata de una visión alternativa de lo que significa el bienestar y la convivencia en comunidad, que implica concebir la relación entre los seres humanos y la naturaleza desde un enfoque biocéntrico, y los procesos de producción conforme a criterios de austeridad y respeto por los ciclos de la naturaleza» (Tamayo, 2022: 35-36).

3. La agencia femenina en el contexto del giro ambiental en el sur de Chile

El sur de Chile, particularmente las regiones de Los Ríos y Los Lagos, constituye un espacio de profunda riqueza natural y cultural, donde el agua, la tierra y los bosques no solo delimitan un territorio geográfico, sino que configuran modos de vida, formas de sociabilidad y universos simbólicos. Se trata de un territorio marcado por la abundancia de lagos, ríos caudalosos, fiordos y cordilleras,

que lo vuelven un escenario privilegiado para comprender la relación entre comunidades humanas y no humanas, así como las tensiones entre proyectos de desarrollo extractivo y modos de habitar ancestrales. Esta geografía no es neutra, condiciona las prácticas productivas —pesca, agricultura, ganadería, silvicultura— y a la vez se convierte en soporte material y espiritual de memorias colectivas.

En Los Ríos, con capital en la ciudad de Valdivia, el paisaje está fuertemente definido por la cuenca hidrográfica del río Calle-Calle y los bosques templados lluviosos, uno de los ecosistemas más biodiversos del planeta. La historia de la región se entrelaza con la ocupación indígena y la posterior colonización alemana en el siglo XIX, los procesos de modernización portuaria y las luchas mapuche-huilliche por la defensa de sus tierras. En Los Lagos, cuya capital es la ciudad de Puerto Montt, el territorio se organiza en torno a la cuenca del lago Llanquihue, el archipiélago de Chiloé y la imponente presencia de los volcanes Osorno,

Calbuco y Yates. Esta región se caracteriza por la confluencia de tradiciones indígenas, campesinas y migrantes, que han configurado un patrimonio cultural plural, vivo y conflictivo.

En ambas regiones, el agua es más que un recurso: es matriz de vida, camino de comunicación y, en muchos casos, frontera simbólica. El patrimonio natural —ríos, lagos, bosques, volcanes— no puede pensarse sin su articulación con el patrimonio cultural: iglesias, cementerios, casas de madera, oficios, gastronomía y ritualidades. En este escenario, la agencia femenina ha sido fundamental para la preservación, transmisión y resignificación de memorias y patrimonios, muchas veces en resistencia frente a procesos de invisibilización, despojo y extractivismo.

Esta relación entre autonomía y agencia de las mujeres con respecto a la memoria y el patrimonio inspira nuestra reflexión sobre las organizaciones y movimientos de mujeres del sur austral. En este marco, se

las comprende como sujetos clave de una economía sustentable y creativa que propicia su autonomía económica, sobre la base de una producción donde el cuidado de la naturaleza es fundamental para sostener el ciclo de reproducción de la vida y no la radical explotación de los recursos (Carrasco, Borderías y Torns, 2011; Durán, 2020; Camps, 2021; Llopis, 2021; Cirmi, 2023). En suma, queremos comprender los movimientos y las orgánicas de las mujeres de Chile sur austral, como cuerpos colectivos que actúan empoderándose a sí mismos y luchando por crear, proteger, cultivar y cambiar las condiciones de la vida social humana y natural en los territorios y maritorios de su habitar.

Nombrado por primera vez en las aulas de la escuela de arquitectura de la PUCV en 1971, en un estudio de los archipiélagos de la Patagonia occidental, el maritorio hace referencia al mar y el territorio, «desde y hacia el mar», transformándose en un concepto fundamental en el estudio de las islas (PUCV, 1971). Sin embargo, su significado se ha expandido incorporando diferentes

reflexiones orientadas a la comprensión de las diversidades que representan los archipiélagos (Álvarez et al., 2019). La vinculación de las mujeres con el habitar del maritorio, expresada en sus saberes y oficios, evidencia la conexión del ecosistema en estrecha relación con el mar (Borgeaud, Ceballos y Moraga, 2023).

En definitiva, las mujeres en el sur de Chile han asumido históricamente un rol central en la gestión de los bienes comunes. En contextos rurales y costeros, han sido responsables de transmitir saberes vinculados a la agricultura, la recolección de algas, el manejo de plantas medicinales, la cocina tradicional y el cuidado del agua. Estos saberes no se limitan a lo doméstico, sino que constituyen prácticas patrimoniales que sostienen la vida comunitaria.

Un ejemplo significativo se encuentra en las comunidades huilliche de la cuenca del río Bueno y del lago Ranco, donde las mujeres lideran procesos de defensa territorial contra proyectos hidroeléctricos. En estas luchas,

la memoria se activa como recurso político: se recuerdan historias de desplazamientos pasados, como las reducciones forzadas tras la llamada «Pacificación de la Araucanía», y se articulan con narrativas actuales de protección del agua como «madre» y «ser vivo». Este cruce entre memoria histórica y ambiental sitúa a las mujeres como mediadoras entre generaciones y mundos, pues su discurso vincula la continuidad cultural con la urgencia ecológica.

En la región de Los Lagos, las mujeres campesinas y pescadoras artesanales han protagonizado resistencias frente a la salmonicultura y a la expansión forestal. Sus relatos rescatan memorias de un mar abundante en mariscos y peces, hoy degradado por la sobreexplotación industrial, y al mismo tiempo reivindican prácticas ancestrales como el *mingako* (trabajo colectivo) o el *trafkintu* (intercambio de semillas). De este modo, la memoria se vuelve acción: recordar cómo se vivía antes de la contaminación o la privatización es también proponer alternativas de futuro. El patrimonio cultural en el sur

de Chile no se limita a las construcciones de madera o a las iglesias de Chiloé reconocidas por la UNESCO; incluye también las formas cotidianas de producir, cocinar, tejer y celebrar. En estas prácticas, la participación femenina es protagonista.

Las tejedoras huilliches del lago Ranco, por ejemplo, no solo mantienen una tradición textil con técnicas ancestrales, sino que inscriben en cada telar relatos de resistencia y cosmovisiones en las que el territorio es entendido como ser vivo. Los textiles no son meros objetos estéticos, son archivos de la memoria, huellas materiales de una relación intergeneracional con la tierra y con los ancestros. Asimismo, las cocineras de Chiloé han transformado la gastronomía en patrimonio vivo. La preparación del curanto en hoyo, los milcaos o las tortillas de rescoldo no son únicamente recetas, sino prácticas comunitarias que reafirman identidades y generan cohesión social. Aquí la agencia femenina opera como curaduría cultural: seleccionar, transmitir y recrear el patrimonio alimentario en contextos cambiantes, resistiendo la

homogeneización del mercado turístico y a la pérdida de biodiversidad alimentaria. El patrimonio inmaterial femenino también se expresa en los cantos, en las rogativas y en las prácticas de sanación con hierbas. Estos saberes, muchas veces subalternizados, son fundamentales para la continuidad cultural. En ellos, la memoria se transmite oralmente y se vincula con el cuidado del cuerpo, de la comunidad y de la naturaleza.

La memoria social en el sur de Chile está atravesada por experiencias de violencia política y despojo territorial. La última dictadura militar (1973-1990), los desplazamientos indígenas y campesinos, y las catástrofes naturales como el terremoto de Valdivia en 1960 o la erupción del volcán Chaitén en 2008 constituyen marcas de dolor que requieren ser narradas y elaboradas colectivamente. En estos procesos, las mujeres han asumido un rol central como portadoras de memoria. Por ejemplo, durante la dictadura cívico-militar fueron ellas quienes sostuvieron la búsqueda de detenidos desaparecidos en Valdivia y Osorno, y quienes mantuvieron

viva la denuncia en espacios cotidianos como ferias, iglesias o reuniones comunitarias. Estas memorias femeninas se articulan con las ecológicas: recordar la violencia estatal contra los cuerpos se enlaza con recordar la violencia extractiva contra los territorios.

Imagen 1: Comunidades huilliches lideran proceso de recuperación de tierras



Fuente: <https://rehuirelolvido.indh.cl/caso/conflicto-territorial-y-cultural-en-el-rio-pilmaiquen-la-comunidad-mapuche-huilliche-versus-la-empresa-statkraft/>

El trauma colectivo se expresa también en la memoria de las catástrofes. Tras el terremoto de 1960, las mujeres participaron activamente en la reconstrucción material y afectiva de las comunidades. Sus relatos transmiten no solo el miedo y la pérdida, sino también la capacidad de resiliencia y de reinención de prácticas patrimoniales en contextos adversos. De manera similar, tras la erupción del Chaitén, las mujeres lideraron iniciativas de memoria que incluyeron museos comunitarios, archivos orales y proyectos artísticos, situando la catástrofe como parte de una historia común que debe ser recordada para evitar futuros olvidos.

En las últimas décadas, ha emergido en el sur de Chile un feminismo territorial que vincula la defensa del cuerpo con la del territorio. Este enfoque se distancia de visiones universalistas del feminismo y se enraíza en experiencias concretas de mujeres indígenas, campesinas y populares que resisten a megaproyectos hidroeléctricos, mineros o forestales. El feminismo territorial reconoce que el patrimonio no es neutral:

puede ser instrumento de hegemonía o de emancipación. En Valdivia, por ejemplo, colectivos de mujeres han cuestionado la patrimonialización oficial que privilegia la herencia alemana sobre la presencia mapuche-huilliche, denunciando así un sesgo colonial y racializado en la construcción de memorias urbanas. En Chiloé, organizaciones de mujeres han problematizado la turistificación del patrimonio, señalando cómo la industria transforma prácticas culturales vivas en mercancías, invisibilizando a las portadoras originales de los saberes. La agencia femenina en estos contextos se manifiesta en acciones concretas: marchas, cabildos, *performances* artísticas, producción de archivos comunitarios. Pero también en actividades cotidianas: conservar semillas, enseñar oficios, organizar mingas. Estas prácticas constituyen formas de patrimonialización desde abajo, en las que el patrimonio deja de ser un objeto congelado para convertirse en un recurso político y vital.

El giro ambiental en las ciencias sociales ha puesto en el centro la necesidad de pensar

memorias multiespecie. En el sur de Chile, este giro encuentra resonancia en las prácticas femeninas que conciben a la naturaleza no como recurso, sino como pariente. Las rogativas huilliches al agua, lideradas muchas veces por mujeres mayores, son ejemplo de una memoria que no distingue entre lo humano y lo no humano: el río recuerda, la montaña guarda historias, los animales transmiten mensajes.

La agencia femenina en este marco se expresa como cuidado extendido: cuidar el cuerpo, la familia, la comunidad y el territorio como continuidad inseparable. Esta protección es memoria encarnada, pues implica recordar cómo se vivía en equilibrio con la naturaleza, y proyectar ese recuerdo hacia el futuro como horizonte de resistencia. Desde la perspectiva del habitar, observamos la idea de sociedad del cuidado, cuyo propósito es integrar un modelo de desarrollo con enfoque de derechos humanos y de género que incluya «el cuidado de las personas y el cuidado del planeta [...] como una alternativa imprescindible frente al estilo actual de desarrollo

que no valora las actividades esenciales para el sostenimiento de la vida, que entre otros, reproduce desigualdades de género, socioeconómicas, étnicas y territoriales, y que produce estragos socioambientales» (CEPAL, 2022: 12).

El modelo de desarrollo como «sociedad del cuidado» busca priorizar «la sostenibilidad de la vida frente a la acumulación de capital» en tanto condición para lograr un «desarrollo sostenible y con igualdad» (CEPAL, 2022: 17). De este modo, el concepto de cuidado no solo se refiere a un derecho de las personas, sino que abarca al conjunto de la sociedad. En esta perspectiva, los derechos humanos y la equidad de género forman el núcleo de un modelo de desarrollo sostenible, orientado al cuidado ampliado y estructural de los seres humanos en sociedad junto a la naturaleza (Pautassi, 2007, 2018). El concepto aludido establece «vínculos entre cuidados, autonomía de las mujeres, igualdad de género y desarrollo» (CEPAL, 2022: 20), al mismo tiempo que se observan cadenas globales de cuidados (Molano, Robert y García, 2012; Soto,

González, Dobrée, 2012). En consecuencia, al comprender la dimensión de estos como un derecho, modifica también el concepto de ciudadanía, en las actuales democracias (Aguirre, 2014; Rico y Segovia, 2017).

Por otro lado, y a pesar de su relevancia, la agencia femenina en patrimonio y memoria en el sur de Chile enfrenta múltiples desafíos: la institucionalización del patrimonio tiende a invisibilizar las voces femeninas, privilegiando discursos técnicos o académicos. Las políticas públicas muchas veces reducen el patrimonio a un recurso turístico, despolitizando sus dimensiones de conflicto y resistencia. Al mismo tiempo, las propias comunidades enfrentan tensiones internas: disputas generacionales, conflictos entre tradición y modernidad, entre usos turísticos y comunitarios. Por esta razón, las mujeres deben negociar constantemente estos dilemas, elaborando memorias plurales y patrimonios dinámicos que no siempre encajan en las categorías oficiales. El desafío es reconocer estas memorias y patrimonios en su complejidad, evitando reducirlos a folclor o a recurso

económico. Ello requiere una escucha atenta a las voces femeninas no solo como portadoras de tradición, sino como agentes políticas que reconfiguran este campo.

La descripción del territorio de las regiones de Los Ríos y Los Lagos permite dar cuenta de que no hay patrimonio ni memoria sin relación con la naturaleza, y que esta vinculación ha sido mediada históricamente por las mujeres. Su agencia no se limita al ámbito privado, sino que atraviesa la vida comunitaria, la resistencia política y la proyección de futuros posibles. Las mujeres del sur de Chile son guardianas del agua, tejedoras de memorias, curadoras del patrimonio alimentario, portadoras de relatos traumáticos y protagonistas de luchas territoriales. En sus prácticas cotidianas y en sus acciones colectivas, articulan una memoria viva que integra lo humano y lo no humano, lo material y lo inmaterial, lo histórico y lo geológico.

Más que custodias de un pasado estático, estas mujeres son creadoras de un patrimonio en

movimiento, que se reinventa frente a cada crisis y que desafía los marcos hegemónicos de la memoria. Reconocer su agencia es, al mismo tiempo, admitir que la memoria y el patrimonio en el sur de Chile no pueden entenderse sin la perspectiva de género, sin el vínculo con la tierra y sin la apertura a futuros multiespecie.

4. Experiencias y casos de organizaciones de mujeres en la defensa del patrimonio: Liderazgos femeninos en los conflictos socioambientales

En las últimas décadas, Chile ha experimentado una intensificación de conflictos socioambientales y patrimoniales vinculados al modelo extractivista, caracterizado por la expansión de proyectos energéticos, mineros, forestales y agroindustriales. En este escenario, un rasgo común que atraviesa buena parte de las resistencias territoriales es la presencia de mujeres en roles protagónicos. Muchas de ellas lideran organizaciones no gubernamentales, asociaciones comunitarias, colectivos y movimientos en defensa del

patrimonio y el rescate de la memoria que enfrentan directamente las consecuencias de la degradación ambiental.

Las fuentes periodísticas y de investigación social coinciden en señalar que la centralidad de las mujeres en estas luchas no responde únicamente a un «vacío» por la ausencia masculina, sino a una visión integral que conecta la memoria social y el patrimonio cultural con la protección de la naturaleza, con el cuidado de la vida y la reproducción comunitaria. En este sentido, la defensa del medio ambiente y del patrimonio natural se articula con dimensiones cotidianas y relacionales que históricamente han sido sostenidas por mujeres.

En el campo jurídico, político y comunicacional, las mujeres han impulsado litigios ambientales, han exigido cambios normativos y visibilizado la afectación que provocan los proyectos extractivos en la salud, la economía y la vida comunitaria. Esta labor fue reconocida en medios como *El Desconcierto* y por organizaciones como

Fundación Terram, que han documentado cómo, en diversos territorios del país, las mujeres son portavoces de sus comunidades y, al mismo tiempo, tejedoras de alianzas sociales, nacionales e internacionales. Más allá de la contingencia, este protagonismo femenino tiene una dimensión estructural: cuestiona las relaciones de poder que subordinan a las comunidades y a la naturaleza frente al capital extractivo, y problematiza también las desigualdades de género internas. Las mujeres, en tanto lideresas, reivindican no solo la defensa de los territorios y la naturaleza, sino también su reconocimiento como sujetas políticas.

Algunos casos relevantes son:

- La Red de Mujeres Originarias por la Defensa del Mar

Una de las experiencias más emblemáticas de los últimos años es la Red de Mujeres Originarias por la Defensa del Mar, constituida en marzo de 2022 en el sur de Chile. Este colectivo reúne a mujeres

mapuche, huilliches, kawésqar y de otros pueblos originarios que habitan espacios costero-marinos, donde desarrollan oficios vinculados a la recolección, pesca artesanal, buceo y diversas actividades de subsistencia.

El surgimiento de esta red responde a la necesidad de articular voces femeninas invisibilizadas, que históricamente han sostenido la cultura y la economía de las comunidades costeras. Como expresa Ingrid Echevarría, dirigente huilliche, la vida cotidiana de estas mujeres está marcada por el sacrificio y el trabajo en condiciones precarias: madrugar para recolectar mariscos, sumergirse en aguas frías, volver al hogar para cuidar de los hijos y, además, encargarse de las labores domésticas. La organización busca revertir esta situación mediante la construcción de espacios de reconocimiento, acompañamiento y articulación. El tejido comunitario que promueven se orienta a rescatar la memoria, valorar los saberes ancestrales y fortalecer el liderazgo femenino en el ámbito marino.

Imagen 2: Red de mujeres originarias por la defensa del mar



Fuente: <https://www.facebook.com/mujeresporladeldefensadelmar/>

Desde una perspectiva política, la Red se ha involucrado en procesos de incidencia vinculados a la Ley N.º 20249 (que reconoce los Espacios Costeros Marinos de Pueblos Originarios, ECMPO). La apuesta es doble: por un lado, garantizar los derechos de las comunidades a gestionar y conservar sus territorios marinos; por otro, posicionar a las mujeres como interlocutoras legítimas en las negociaciones locales, nacionales e internacionales sobre biodiversidad y conservación.

El discurso de estas lideresas trasciende la defensa inmediata del mar y se conecta con los compromisos internacionales de Chile, como la meta 30×30 establecida en el Marco Global de Biodiversidad. En este sentido, sus aportes no se limitan a la conservación biológica, sino que integran dimensiones espirituales, culturales y de soberanía alimentaria. Como ellas mismas señalan, los pueblos originarios son custodios de la biodiversidad, y las mujeres, en particular, son guardianas de conocimientos y prácticas que sostienen la vida comunitaria.

- La Red de Semillas Libres (RSL)

Otra experiencia significativa es la Red de Semillas Libres de Chile (RSL), surgida en 2012 como respuesta a la amenaza que representan las leyes de propiedad intelectual, la manipulación genética y el modelo agroindustrial sobre las semillas nativas y criollas. La RSL se articula en torno a un principio central: las semillas no son mercancías, sino patrimonio de los pueblos al servicio de la humanidad. Bajo esta convicción, mujeres como Valentina Vives Granella, bióloga y activista radicada en el sur del país, han impulsado espacios comunitarios de educación, permacultura y soberanía alimentaria.

El trabajo de la red no solo se centra en la preservación material de las semillas, sino en la transmisión de saberes asociados: técnicas agrícolas, medicina tradicional, gastronomía y ritualidad. Cada semilla contiene una historia cultural y una cosmovisión, y su protección implica también la defensa del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Imagen 3: Red de semillas libres Chile



Fuente: <https://seedfreedom.info/partners/red-semillas-libres-chile/>

En contraste con la lógica del monocultivo y la agroexportación, la RSL promueve prácticas de intercambio, cooperación y economía solidaria. Este enfoque adquiere un carácter político al desafiar el dominio de corporaciones transnacionales y denunciar la erosión de la biodiversidad agrícola. El papel de las mujeres en este movimiento resulta fundamental. Históricamente, ellas han sido custodias de semillas en el ámbito doméstico y comunitario, seleccionando, guardando y transmitiendo variedades que permiten la resiliencia alimentaria. Al visibilizar este rol, la RSL también reivindica la centralidad de las mujeres en la construcción de un modelo agroecológico alternativo.

- Narrativas feministas y podcasts: nuevas estrategias de comunicación

La lucha por la preservación del patrimonio natural no se limita a la acción territorial o a la incidencia política directa. En años recientes, han emergido experiencias comunicacionales impulsadas por mujeres que buscan visibilizar

las resistencias y sensibilizar a públicos más amplios.

El podcast *Voces Soberanas: Defensoras del Territorio*, lanzado en Chile, constituye un ejemplo notable. A lo largo de seis episodios, se narran las historias de mujeres jóvenes que enfrentan la crisis climática desde distintas perspectivas: defensa del agua, soberanía alimentaria, ciencia con perspectiva de género, ecofeminismo y cosmovisión indígena. El formato del podcast permite una conexión íntima y directa con las audiencias, y aporta a la construcción de memorias colectivas desde las voces de sus protagonistas.

Imagen 4: Mujeres mapuches en territorios recuperados. Soraya Maicoño, vocera de la comunidad mapuche Lof Quemquemtrew



Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/393577-mujeres-mapuche-en-territorios-recuperados>

En la misma línea, el documental sonoro *Sacrificadas*, producido por Revista Anfibia y FES Chile, recoge testimonios de mujeres que lideran luchas en defensa de la tierra, el agua y el aire. El título refleja la situación paradójica de quienes, siendo pilares de sus comunidades, deben enfrentar condiciones de violencia estructural, precarización y amenaza constante. Estas iniciativas mediáticas amplifican las luchas locales y las sitúan en un marco global de crisis ambiental, mostrando la interconexión entre género, territorio y derechos humanos. Asimismo, ponen de relieve la importancia de la comunicación feminista como herramienta política.

- La red como un nuevo horizonte: el primer encuentro de Mujeres Guardianas de los Patrimonios

En marzo de 2025 se realizó en Santiago de Chile el Primer Encuentro de Mujeres Guardianas de los Patrimonios, organizado por el Núcleo Milenio NUPATS. La convocatoria reunió a lideresas de organizaciones sociales que trabajan en la protección y

difusión del patrimonio material e inmaterial en diversos territorios del país. Este evento constituyó un hito en la articulación entre luchas patrimoniales y luchas socioambientales. El encuentro permitió compartir experiencias de defensa de sitios arqueológicos, prácticas culturales y territorios naturales, y se subrayó que el patrimonio no puede entenderse únicamente desde una perspectiva institucional o turística, sino también como un campo de resistencia política.

**Imagen 5: Primer Encuentro de Mujeres Guardianas de los Patrimonios. Núcleo Milenio
CCSS Patrimonio/Nupats**



Fuente: <https://nupats.cl/es/news/mujeres-guardianas-de-los-patrimonios-se-reunieron-en-santiago>

La participación femenina fue central no solo por la presencia numérica, sino por el enfoque que aportaron las discusiones: se abordó la relación entre memoria, cuidado comunitario y transmisión intergeneracional, temas que han sido sostenidos mayoritariamente por mujeres en contextos de adversidad.

- ANAMURI: Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas

Finalmente, una organización de largo recorrido es la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), fundada en 1998. Desde su origen, esta asociación gremial ha reunido a mujeres provenientes de comunidades campesinas e indígenas, con el objetivo de promover su desarrollo integral en lo laboral, económico, social y cultural.

Imagen 6: ANAMURI Tercer congreso nacional 22/10/2023



Fuente: ANAMURI. <https://cloc-viacampesina.net/anamuri-tercer-congreso-nacional> recuperado el 03/09/25.

ANAMURI parte de una premisa clara: las mujeres rurales e indígenas enfrentan una triple discriminación por género, clase y etnia. En consecuencia, sus demandas van más allá de lo productivo, abarcan también el derecho a una vida digna, la valorización de la cultura campesina y el respeto a la naturaleza. La organización se ha consolidado como un actor clave en la defensa de la soberanía alimentaria y los derechos de las trabajadoras rurales. Sus estrategias incluyen la formación política, la capacitación técnica, la participación en redes internacionales y la incidencia en políticas públicas. En términos de preservación del patrimonio natural, ANAMURI subraya la relación indisoluble entre biodiversidad, cultura campesina y derechos de las mujeres. La defensa del agua, la tierra y las semillas constituye para ellas una lucha integral, que articula justicia de género con justicia ambiental.

El examen conjunto de estas experiencias permite identificar tensiones y aportes relevantes en torno al papel de las mujeres en la preservación del patrimonio natural

en Chile. En primer lugar, se observa que el concepto de patrimonio adquiere aquí un sentido ampliado, que trasciende la noción institucional de «bienes culturales» para incluir territorios, ecosistemas, semillas, prácticas de subsistencia y saberes ancestrales. Esta resignificación responde a la necesidad de enfrentar los procesos de mercantilización e inflación patrimonial, en los cuales se intenta convertir todo elemento cultural o natural en un recurso con valor económico o turístico. Frente a ello, las mujeres defienden un patrimonio vivo, ligado a la reproducción comunitaria y a la continuidad de la vida.

En segundo lugar, estas experiencias revelan la articulación entre lo local y lo global. Colectivos como la Red de Mujeres por la Defensa del Mar o la Red de Semillas Libres enmarcan su acción en compromisos internacionales, como el Marco Global de Biodiversidad o las luchas contra el agronegocio. Al mismo tiempo, la fuerza de su discurso proviene de realidades concretas: el sacrificio cotidiano,

la precariedad laboral, el deterioro de los ecosistemas locales.

Un tercer aspecto es la interseccionalidad de las luchas. Las mujeres que lideran estas organizaciones enfrentan desigualdades múltiples, relacionadas no solo con el género, sino también con la etnia, la clase y el territorio. La experiencia de las mujeres del mar, invisibilizadas frente a los apoyos que reciben los varones, ilustra la persistencia de estas brechas. ANAMURI, por su parte, ha desarrollado una agenda explícitamente interseccional que reconoce la condición diferenciada de ser mujer rural, indígena y pobre en un sistema excluyente.

Asimismo, se aprecia la importancia del saber situado. Las mujeres defienden territorios y patrimonios desde conocimientos específicos, transmitidos de generación en generación, que integran dimensiones espirituales, culturales y ecológicas. Estos saberes son deslegitimados por la racionalidad tecnocrática dominante, pero constituyen aportes fundamentales para la sostenibilidad.

Por último, emerge un desafío central sobre cómo lograr que estas luchas no queden confinadas al ámbito comunitario o simbólico, sino que incidan efectivamente en políticas públicas. El riesgo de la cooptación institucional siempre está presente, así como las dificultades de financiamiento y sostenibilidad organizativa. Sin embargo, la construcción de redes —nacionales e internacionales— constituye una estrategia que ha demostrado eficacia para aumentar la visibilidad e incidencia de estas mujeres.

5. Reflexiones finales

El sur de Chile, particularmente las regiones de Los Ríos y Los Lagos, se presenta como un territorio de múltiples capas históricas, sociales y ambientales que lo configuran como un espacio complejo y contradictorio. Se trata de un paisaje marcado por la abundancia de ríos caudalosos, lagos cristalinos, fiordos, bosques templados lluviosos y volcanes activos, pero también por un historial de despojo, colonización, extractivismo y

violencia estructural contra comunidades humanas y no humanas.

Este territorio ha sido representado durante siglos bajo la imagen de la «frontera austral», primero como lugar de conquista, luego como tierra de colonización agrícola y, más tarde, como espacio de explotación forestal, salmonera e hidroeléctrica. La belleza escénica, constantemente exaltada en discursos oficiales y turísticos, convive con profundas desigualdades sociales, crisis ambientales y tensiones en torno al uso y sentido del patrimonio natural y cultural. En este marco, la memoria y el patrimonio no pueden pensarse de manera neutral o estática, pues se encuentran atravesados por disputas sobre quiénes recuerdan, qué se recuerda, cómo lo hacen y con qué fines se transmiten esos recuerdos.

En este contexto, la agencia femenina ha desempeñado un papel fundamental, aunque a menudo invisibilizado, en la construcción de memorias y en la defensa de patrimonios que exceden la mera categoría de lo monumental

o lo folclórico. Las mujeres, en comunidades rurales, urbanas e indígenas, han sido gestoras de relatos, cuidadoras de prácticas culturales y defensoras de territorios amenazados por proyectos extractivos. Sus acciones no solo resguardan tradiciones heredadas, sino que introducen una dimensión crítica que desestabiliza las narrativas dominantes del patrimonio y la memoria, aquellas que suelen enmarcarse en lógicas patriarcales, estatales o mercantiles. Al vincular estas prácticas con el giro ambiental, resulta posible comprender cómo los repertorios femeninos no se limitan a la conservación de lo humano, sino que amplían los horizontes hacia memorias multiespecie y patrimonios que integran ríos, bosques y montañas como actores de sentido y no meros recursos por explotar.

Las regiones de Los Ríos y Los Lagos constituyen escenarios privilegiados para explorar estas dinámicas. En Los Ríos, la presencia mapuche-huilliche es constitutiva de la historia del territorio, marcada por despojos sucesivos desde la ocupación militar chilena

en el siglo xix, pasando por las políticas de colonización con población europea, hasta las formas actuales de desposesión a través del extractivismo forestal e hidroeléctrico. En Los Lagos, la expansión de la salmonicultura, la introducción de especies foráneas y la presión turística han tensionado los ecosistemas acuáticos y las comunidades costeras. En ambas regiones, las mujeres han estado al frente de procesos de resistencia comunitaria que no solo apelan a la defensa de la vida cotidiana, sino también a la construcción de narrativas que reconfiguran el sentido de lo patrimonial y lo memorioso.

Es posible advertir que las luchas de mujeres por el agua en localidades como Panguipulli, San José de la Mariquina o Río Bueno expresan de manera clara esta agencia. Frente a proyectos hidroeléctricos que amenazan con represar ríos considerados sagrados, las mujeres han articulado memorias colectivas que recuerdan el vínculo espiritual y material entre las aguas y la vida comunitaria. No se trata únicamente de impedir un daño ambiental, sino de defender un patrimonio

inmaterial que enlaza generaciones, prácticas rituales, conocimientos ancestrales y afectos. En estos relatos, los ríos no son objetos de uso ni meros paisajes: son entidades vivas que participan de la historia colectiva, cuyas huellas deben ser reconocidas en la memoria compartida. La agencia femenina, en este sentido, se posiciona como mediadora entre lo humano y lo no humano, incorporando el giro ambiental en prácticas concretas que resignifican el patrimonio como un campo ampliado.

En la región de Los Lagos, las mujeres vinculadas a la pesca artesanal han sido protagonistas en la denuncia contra los impactos de la salmonicultura industrial. Frente a episodios de contaminación masiva, como la marea roja o la mortandad de salmones, se han desplegado discursos que no solo apuntan a la injusticia económica, sino que registran estas catástrofes como memorias traumáticas para las comunidades costeras y los ecosistemas marinos. En estas narrativas, las algas, los peces y el mar mismo aparecen como testigos y víctimas de un

proceso de devastación, desafiando la idea de que la memoria se limita al recuerdo humano. La memoria de las mujeres pescadoras —tejida en cantos, relatos orales y acciones colectivas— convierte a la naturaleza en coprotagonista de la historia y, al mismo tiempo, interpela al patrimonio cultural en su definición tradicional, que tiende a privilegiar las materialidades tangibles y los relatos oficiales.

Lo que se vislumbra en estas experiencias es que la memoria y el patrimonio no pueden seguir anclados a una visión antropocéntrica ni patriarcal. El giro ambiental, al cuestionar la separación moderna entre naturaleza y cultura, permite entender que los patrimonios no son únicamente edificaciones, objetos o tradiciones humanas, sino también los vínculos relacionales que sostienen la vida en común. Desde esta perspectiva, la agencia femenina no solo resguarda tradiciones culturales heredadas, sino que reinventa el patrimonio como una práctica situada en territorios amenazados, donde las memorias no humanas tienen un

lugar. Las luchas por defender los glaciares, los humedales o los bosques nativos son, en este sentido, luchas patrimoniales que se inscriben en una memoria expandida hacia la escala ecológica.

Una mirada crítica también revela que el discurso oficial del patrimonio en Chile ha tendido a romantizar las contribuciones femeninas, reduciéndolas a roles de «transmisoras de tradiciones» o «guardianas de lo doméstico», sin reconocer la dimensión política y transformadora de sus acciones. Sin embargo, las mujeres del sur han mostrado que su papel no es pasivo ni decorativo: se trata de una agencia activa, que disputa sentidos y desafía los marcos normativos de lo patrimonial. Cuando las mujeres mapuche defienden un *menoko* (humedal) como lugar sagrado, reivindican un espacio ecológico y ponen en cuestión un modelo de desarrollo que subordina lo natural a la lógica de acumulación capitalista. Del mismo modo, cuando mujeres urbanas en Valdivia se organizan para defender barrios históricos frente a la especulación inmobiliaria, articulan

memorias que combinan la historia de la ciudad con la defensa de su paisaje fluvial.

El carácter propositivo de estas acciones radica en que las mujeres denuncian y crean relatos, archivos comunitarios, museos locales, festivales culturales, proyectos de educación ambiental, redes de cuidado y economía solidaria. Estas prácticas generan un patrimonio vivo, en constante construcción, que no se limita a conservar el pasado, sino que proyecta futuros posibles. Vincular este potencial con el giro ambiental implica reconocer que el patrimonio no es una herencia fija, sino un campo de experimentación donde se ensayan formas de habitar el planeta más allá del antropocentrismo. Las mujeres del sur, al situarse en la intersección entre memoria, territorio y ecología, proponen alternativas de vida que desafían los imaginarios extractivistas y mercantiles.

Es necesario subrayar que la memoria y el patrimonio también son campos atravesados por tensiones internas. No todas las

narrativas femeninas coinciden, ni todas las comunidades tienen las mismas prioridades o recursos para enfrentar las crisis ambientales. Algunas iniciativas logran articularse con políticas públicas, mientras que otras son resistidas o criminalizadas. El desafío crítico consiste en no idealizar las experiencias, sino comprenderlas en su complejidad, atendiendo a las contradicciones, los límites y las posibilidades de cada contexto. En este punto, resulta clave evitar la romantización de lo femenino como esencia vinculada a la naturaleza: lo que se observa en el sur de Chile son prácticas históricas y políticas concretas, en las que las mujeres, por condiciones estructurales y por decisiones colectivas, han asumido roles protagónicos en la defensa de territorios y memorias.

La agencia femenina, entonces, opera en múltiples escalas: en el ámbito doméstico, al transmitir prácticas de cuidado de semillas o de preparación de alimentos que constituyen patrimonio inmaterial; en el entorno comunitario, al organizarse en asociaciones,

colectivos y redes de resistencia; y en el plano público, al disputar el reconocimiento de estas memorias y patrimonios en espacios institucionales y mediáticos. Lo que emerge es un repertorio heterogéneo, en el que lo íntimo se conecta con lo político y lo local con lo global. El giro ambiental proporciona un marco para interpretar estas prácticas como parte de una transformación epistemológica más amplia, que obliga a repensar las categorías de memoria y patrimonio desde una perspectiva relacional, multiespecie y de justicia ambiental.

En suma, el sur de Chile evidencia que la memoria y el patrimonio no son campos neutros, sino profundamente atravesados por desigualdades de género, por conflictos territoriales y por crisis ecológicas. La agencia femenina, lejos de ser un complemento, es un motor central en la producción de sentidos y en la defensa de patrimonios que integran tanto a comunidades humanas como a ecosistemas. El giro ambiental, al problematizar la separación entre lo natural y lo cultural,

refuerza la necesidad de considerar estos patrimonios como entramados en los que lo humano y lo no humano coexisten y se recuerdan mutuamente. De este modo, las experiencias de mujeres en Los Ríos y Los Lagos enriquecen los estudios de memoria y patrimonio, y plantean desafíos epistemológicos y políticos para pensar cómo vivir y recordar en tiempos de crisis ecológica.

Declaración de autoría

Autor 1: Conceptualización, investigación, análisis y redacción.

Autor 2: Conceptualización, investigación, análisis y redacción.

Agradecimientos

Esta investigación ha sido posible gracias a la financiación de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo, Subdirección de Centros e Investigación Asociativa, Iniciativa Científica Milenio, NCS24-014.

6. Referencias bibliográficas

- Aguirre, R., K. Batthyány, N. Genta y V. Perrotta (2024): «Los cuidados en la agenda de investigación y en las políticas públicas en Uruguay», *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 50, 43-60.
- Alegría, L. (2024): «Crisis, tradición y consenso: el patrimonio cultural como representación», en J. Bustamante, J. Placencia y O. Olivares, *Batallas patrimoniales en el Chile actual. Despojos, desplazamientos y desencuentros en el patrimonio monumental*, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado.
- Alegría, L., C. Galeno y C. Stefoni (2025): «Los giros epistemológicos y el ontológico para repensar el debate en torno al patrimonio cultural», *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 32, pp. 37-57.
- Bird Rose, D. (2011): *Wild dog dreaming: Love and extinction*, Virginia, University of Virginia Press.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2022). *La sociedad del cuidado: horizonte para una recuperación sostenible con igualdad de género (LC/CRM.15/3)*, Santiago.
- Chakrabarty, D. (2009): «The climate of history: Four theses», *Critical Inquiry*, 35(2), pp. 197-222.
- Chakrabarty, D. (2021): *Clima y Capital*, Chile, Editorial Mimesis.
- Crutzen, P. J., y E. F. Stoermer (2000): «The “Anthropocene”», *Global Change Newsletter*, 41, pp. 17-18.
- Descola, P. (2005): *Par-delà nature et culture*, Paris, Gallimard.
- Escobar, A. (2016): *Sentipensar con la Tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Medellín, Ediciones UNAULA.
- Gudynas, E. (2011): «Buen Vivir: Today's tomorrow», *Development*, 54(4), pp. 441-447.

- Halbwachs, M. (1992): *On collective memory*, Chicago, University of Chicago Press.
- Haraway, D. (2019): *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Bilbao, Edición consonni.
- Haraway, D. (2017): *Manifiesto de las especies de compañía: Perros, gentes y otredad significativa*, Córdoba, Bocavulvaria ediciones.
- Heise, U. K. (2016): *Imagining extinction: The cultural meanings of endangered species*, Chicago, University of Chicago Press.
- Hernández, A. y J.C. Lozano (2019): «Los patrimonios incómodos a debate en el foro Clave de bóveda», *Artigrama*, 34, pp. 513-557,
- Huyssen, A. (2003): *Present pasts: Urban palimpsests and the politics of memory*, Stanford, Stanford University Press.
- Ibarra, M., M. L. Mendez, y C. Matus (2025): «Patrimonios incómodos: monumentos públicos y sitios de memoria y derechos humanos a 50 años del golpe militar en Chile», *Iberoamericana – Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 54(1), pp. 86-95.
- Jelin, E. (2002): *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Latour, B. (2004): *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*, Harvard, Harvard University Press.
- Leff, E. (2004): *Racionalidad ambiental: La reapropiación social de la naturaleza*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Mbembe, A. (2019): *Necropolitics*, Carolina del Norte, Duke University Press.
- Molano, A., E. Robert, M. García (2012): *Cadenas globales de cuidados: Síntesis de resultados de nueve estudios en América Latina y España*, Santo Domingo, ONU Mujeres.
- Morton, T. (2013): *Hyperobjects: Philosophy and ecology after the end of the world*, Minnesota, University of Minnesota Press.

Nixon, R. (2011): *Slow violence and the environmentalism of the poor*, Harvard, Harvard University Press.

Pautassi, (2007): *El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos*, Santiago, CEPAL.

Pautassi, L. (2018): «El cuidado: de cuestión problematizada a derecho. Un recorrido estratégico, una agenda en construcción», en *El trabajo de cuidados: una cuestión de derechos humanos y políticas públicas*, Ciudad de México, ONU Mujeres, 175-188.

Prats, L. (2005): «Concepto y gestión del patrimonio local», *Cuadernos de Antropología Social*, 21, pp. 17-35.

Rico, M., O. Segovia, eds. (2017): *¿Quién cuida en la ciudad? Aportes para políticas urbanas de igualdad*, Santiago, CEPAL.

Smith, L. (2006): *Uses of Heritage*, London, Routledge.

Soto, C., M. Clyde, M. González, P. Dobrée, (2012): *La migración femenina paraguaya en las cadenas globales de cuidados en Argentina. Transferencia de cuidados y desigualdades de género*, Santo Domingo, ONU Mujeres.

Tamayo, R. (2022): «Los derechos de la naturaleza y el principio del buen vivir como un giro decolonial en la gobernanza ambiental internacional», *Revista Derecho de Estado*, 54, pp. 19-54. Bogotá, Colombia.

Tunbridge, J. y G. Ashworth (1996): *Dissonant Heritage: The Management of the Past as a Resource in Conflict*, Chichester, John Wiley & Sons.

Tsing, A. L. (2015): *The mushroom at the end of the world: On the possibility of life in capitalist ruins*, Princeton, Princeton University Press.

Viveiros de Castro, E. (2009): *Metafísicas caníbales: Líneas de antropología postestructural*, Madrid, Katz Editores.

Viveiros de Castro, E. (2013): *La mirada del jaguar: introducción al perspectivismo amerindio*, Buenos Aires, Tinta Limón.

Recursos web

Documental «Sacrificadas», Revista Anfibia y FES Chile.

Fondo de Fomento de Medios de Comunicación. (2024, noviembre) «Voces soberanas: Defensoras del Territorio».

Lewin, B. (Narradora). (2023, enero). *Sacrificadas*. Anfibia Podcast & FES Chile.

Podcast Voces Soberanas: Defensoras del Territorio.